

Karl Löwith: una interpretación original y sugestiva de las obras de Weber y Marx

Por Emiliano Torterola¹

Sobre *Max Weber y Karl Marx*, de Karl Löwith. Barcelona, 2007.

Para quienes nos dedicamos y/o deleitamos con la teoría social clásica; para quienes consideramos que dicha teoría conforma un manantial interminable e inabarcable en el cual podemos encontrar preguntas y respuestas sobre la modernidad en su “primera etapa” –en la formación y consolidación de las sociedades capitalistas industriales, etc.– pero también sobre los tiempos presentes –cuando parece ya no ser posible asirnos a paradigmas reflexivos colosales como los que emergieron durante la segunda parte del siglo XIX y comienzos del. XX–, el estudio de K. Löwith aquí presentado se presenta insoslayable.

Con una redacción clara y precisa; profunda y dialéctica, Löwith inauguró una clave de lectura de las obras de Max Weber y Karl Marx: considerar el motivo sociológico fundamental de los máximos referentes del “ala burguesa” y “marxista” de esta disciplina desde una perspectiva filosófico-antropológica. Más precisamente, su clave de interpretación apunta a vislumbrar el “tipo de hombre” que subyace al capitalismo moderno. Y ello porque en Löwith resulta imposible encarar la pregunta moderna por el *individuo* de un lado y la *humanidad* del otro, al margen de aquella configuración económica y social, condición que impregna al ser en su “totalidad”.

En tal sentido, incluso quienes nos abocamos más detenidamente al análisis de la obra weberiana, podemos rastrear en el texto de Löwith el origen de la pregunta por el *tipo de individualidad* moderna que luego continuaron en sus trabajos prestigiosos referentes intelectuales, como Wilhem Hennis o Johannes Weiss.

Lejos de intentar conciliar a ambos teóricos sociales, Löwith explora infatigablemente tanto sus afinidades como sus divergencias. La temprana explicitación de los presupuestos metodológicos nos remitirá luego a la rigurosidad y honradez de su texto. Tales prepuestos

¹ Magíster en sociología de la cultura y análisis cultural (IDAES, UNSAM), Lic. en Sociología (UBA) e Investigador del Proyecto Teorías Sociológica sobre la Comunidad - Instituto Gino Germani, de la Facultad de Ciencias Sociales – UBA.

son tres. Primero, que ambos autores son efectivamente cotejables, susceptibles de comparación. Segundo, que tal comparabilidad encierra necesariamente similitudes y diferencias. Por último –y a modo de justificación del primer punto–, que el motivo originario en Weber y Marx es el mismo, de índole filosófico-antropológico, incluso cuando no haya sido manifiesto o explicitado.

La pregunta por la configuración del homo modernus es tanto para Marx como para Weber una preocupación que excede los límites formales de la ciencia moderna. En efecto, hay en ambos autores una preocupación ética, además de la histórico-sociológica. La pregunta por el hombre es también entonces, señala Löwith, una pregunta o una preocupación por el destino de la humanidad, esto es, sobre las posibilidades de *emancipación* del hombre, frente a la *racionalización* (Weber) y la *enajenación* (Marx) del capitalismo, su modo de producción y de vida. Tal como resume Löwith,

Y así ambos fueron “sociólogos” en un sentido eminente. Más específicamente, fueron “sociólogos filosóficos”, pero no porque ellos hubiesen fundado una filosofía social especial, sino porque de hecho y de acuerdo con su motivo originario de investigación, de cara a una problemática fáctica de nuestro ser-ahí humano [...], pusieron científicamente en cuestión la totalidad de las relaciones de vida presentes bajo el título de capitalismo. Ambos nos legan –Marx directa, y Weber indirectamente– un análisis crítico del hombre presente de la sociedad burguesa, en el hilo conductor de la economía burguesa-capitalista, sobre la base de la experiencia de que la economía se ha vuelto destino humano (Löwith 2008: 38-39).

En Marx, la “cuestión proletaria” y la redención humana en ella y a través de ella, equivalen a los resquicios weberianos en torno a la “dignidad personal”. Aun cuando ambos teóricos ubicaron en el centro de la modernidad la trágica inversión entre medios técnicos y fines humanos, Marx apostó –afirma nuestro autor– por una destrucción desde la raíz del modo de ser moderno-capitalista. Por su parte, Weber se ciñó, siempre dentro del orden burgués, o bien a un ideal autónomo y responsable de la individualidad, o bien a una salida político-social resumida en la fórmula “democracia de líder sustentada en la maquinaria burocrática”.

II

El escrito comparativo de Löwith, redactado en 1932, recién fue publicado en 1944. El mismo año en que emergieron del olvido dos obras fundamentales de Marx, en las cuales la pregunta por el tipo-de-ser-humano resulta especialmente significativa: *La ideología alemana* (1846) y los *Manuscritos económicos-filosóficos* (1844). Un segundo dato llamativo: la editorial Gedisa nos acerca el texto de Löwith a la lengua española casi 40 años después de que Sudamericana (1968) hiciera lo mismo con la obra tal vez más importante del filósofo alemán: *De Hegel a Nietzsche. La quiebra revolucionaria del pensamiento en el siglo XIX. Marx y Kierkegaard* (1940).

Cabe señalar que el libro aquí reseñado, aunque lleva por escrito central el que da título al volumen (“Max Weber y Karl Marx”), también contiene otros dos interesantes textos posteriores, ceñidos a la obra weberiana: “Max Weber y sus seguidores” (1939-1940) y “La posición de Weber frente a la ciencia” (1964). A los que se suman en esta edición castellana los sugestivos y correctos trabajos de Esteban Vernik y Luís F. Aguillar Villanueva, autores de la *Introducción* y el *Posfacio* respectivamente.

Como bien señala Vernik, el orden de los autores en el título de la obra no debe resultarnos azaroso. En primer lugar, puesto que hay, en efecto, un análisis más meticuloso de los escritos del sociólogo de Heidelberg. En segundo lugar, porque el escrito se publicó oportunamente en la revista *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*; –en palabras de Vernik, “probablemente la más prestigiosa” publicación académica de la Alemania del primer tercio del siglo XX–, que fue codirigida por Weber durante la primera década del siglo pasado. La conclusión a la que arriba el autor de la introducción es que, pese a que Löwith estudia la obra de Weber desde la óptica marxista y a Marx desde el prisma weberiano, “la tesis de Löwith es weberiana”, si bien “está marcada por el existencialismo heideggeriano y por el anhelo –proveniente de Marx– de vislumbrar un valor capaz de orientar el futuro de la humanidad”.

Siendo el trabajo de Gil Villegas largo y fructífero, me limitaré a señalar dos de sus reflexiones sobre el estudio de Löwith. Por un lado: cuánto bien le habría hecho a la sociología latinoamericana de posguerra el contar con un material tan preciable, que

permitiera evitar las lecturas doctrinarias, superfluas o vulgares sobre Marx, pero también en torno a Weber.

Por otro lado, pero articulado con el punto anterior, del análisis de Marx que realiza Löwith, Gil Villegas rescata tres puntos interesantes –y en buena medida originales. En primer lugar, el aporte de Feuerbach a la filosofía marxista (su rol crítico-mediador entre la filosofía hegeliana y el materialismo histórico). En segundo término, la concepción del socialismo como una “opción humana” sustentada en una racionalidad holística (Lukács) del ser social e histórico moderno frente a la barbarie capitalista (más que en el desarrollo causal e incontenible del proceso histórico). Por último, el no haber circunscripto la problemática de la enajenación o extrañación del individuo contemporáneo –acertadamente, Löwith esquivo el concepto de “alienación”, extraño al corpus conceptual de Marx y a la filosofía social de su tiempo– dentro de cada esfera de análisis (económica, política, social). Por el contrario, y continuando con la idea-fuerza de *totalidad* lukacsiana, Löwith mantuvo el hilo conductor, conectando, articulando y yuxtaponiendo tales esferas, hasta que quedara expuesto el sinsentido en su condición orgánica (no parcial y diferenciada):

Son incontables los artículos dedicados a la explicación y manifestaciones de la alienación del hombre en la religión, el Estado, el mercado, el pensamiento filosófico o en la cultura burguesa, conforme a las tesis marxistas; pero el mérito de Löwith es haberlas conectado y hecho interdependientes hasta convertirlas en los elementos constituyentes de la totalidad de una existencia humana invertebrada, inacabada, falsa, contradictoria y autodestructiva (Gil Villegas 2007: 217).

III

Löwith no sólo tuvo el honor y el privilegio de escuchar a Weber en persona –en su conferencia *La ciencia como vocación-profesión*, de 1916. Fue también un lector atento de la obra weberiana. Indudablemente, hay aristas que pueden resultar discutibles, como sostener que el sociólogo de Heidelberg encontró las motivaciones o finalidades de sus investigaciones científicas, histórico-culturales, en la práctica política. Otro punto polémico es, ni más ni menos, la piedra angular de la tesis: considerar que la teoría de la modernidad weberiana tiene una raíz más filosófica-

antropológica que histórico-sociológica, o mejor dicho eclipsar casi completamente esta segunda dimensión en beneficio de la primera. Al parecer, Karl Jaspers –amigo del matrimonio Weber y profesor de Löwith–, al igual que Heidegger, habrían jugado un rol fundamental en dicha lectura.

Pero, incluso si son discutibles, hay fundamentalmente dos consideraciones que considero acertadas. En primer lugar, el haber afirmado, en relación con la teoría del devenir moderno, que la racionalización posee un rostro ambivalente. Los análisis del corpus weberiano suelen cosificar y volver unilateral la lectura weberiana sobre el desarrollo y el futuro del proceso racionalizador, en los diferentes planos (culturales, sociales e individuales), e incluso esferas (científica, económica, política, erótica, etc.). Si después de Nietzsche nada parece quedar exento de perplejidad, después Weber –señalaría Löwith– la razón y la racionalidad nos resultan un problema –en el sentido más amplio del término– filosófico, pero también histórico-sociológico y antropológico.

La racionalización formal tanto expresa y conlleva la opresión, la pérdida de sentido y la solidificación de sus principios impersonales como puede, potencialmente, proveernos de mayor autonomía responsable, en suma, de mayor *libertad*, ante la cual el propio Weber tomó partido:

El sentido positivo de aquel movimiento de libertad que concierne a Weber es alcanzar los propios fines en ese mundo [de las reglamentaciones, instituciones, fábricas y seguridades], pero contra él, y perseguir fines que no son calculados por ese mundo, aunque sí en función de él (Löwith: 73).

En segundo lugar: Löwith evitó adscribir la “neutralidad valorativa” weberiana a la usual justificación ideológica de la ciencia burguesa. Antes bien, la interpretó como una autoconciencia (y autorreflexión) del propio Weber acerca de las premisas de la racionalización científica moderna, en tanto hecho “histórico-cultural” inevitable e ineludible, que exige en aquella esfera una “diferenciación radical” entre “ciencia objetiva” y “valoraciones subjetivas”. Weber pretendía evitar el cientificismo ingenuo, como también realzar y subrayar el carácter nodal, ineludible de los valores en la definición de los planteos científicos. Al respecto, véase el extenso escrito antes

citado, producido ya en la madurez de Löwith, “La posición de Max Weber frente a la ciencia”.

De este modo, la figura del “individuo heroico” weberiano –usualmente señalada y ensalzada por no pocos estudiosos contemporáneos de su obra–, encuentra su correlato teórico-práctico en la filosofía y teoría de la ciencia de aquél sociólogo: “desmagificación”, “renuncia”, “desencantamiento” convergen en la responsabilidad y la libertad del individuo frente a sí, sus actos y consecuencias.

En suma, celebramos la llegada de *Max Weber* y *Karl Marx*. Aun cuando hayan llegado a nuestras librerías hace meses, esperemos que sus ejemplares no queden encorsetados, perdidos o ignorados en el cosmos cultural-objetivo de sus estantes.